

lorosa fuera, creyendo como creía que mis aptitudes eran cortadas a la medida de su deseo, afectaría el doloroso despecho del hombre abnegado a quien se niega la posible ayuda en el camino de su abnegación. Esta decepción no debía amargar el corazón generoso de D. Emilio Díez de Revenga a cuyos desvelos y continuo interés se debe principalmente que esta Real Sociedad atravesase al presente un periodo de relativo esplendor y de fácil desenvolvimiento, tras las estrecheces económicas y marasmo enervante de casi un siglo.

Al reconocer y ensalzar el impulso resurgente que ha impuesto la actividad y discreción de este presidente a los destinos de la Real Sociedad y en particular de su Academia de Bellas Artes, ya puestos a discurrir por la accidentada historia de tan benemérita Institución, otros gloriosos nombres y otros abnegados sacrificios salen a nuestro encuentro, merecedores de eterna gratitud.

Y aunque esta no sea la más propicia ocasión de recordar y enaltecer altas personalidades, que por esta casa pasaron sembrando a manos llenas el bien, la piedad y la cultura, pienso que toda ocasión es oportuna para ofrendar un recuerdo de perenne reconocimiento, al menos, a la memoria de aquel alto y magnífico señor D. Manuel Rubín

